

La VICTORIA de VENUS

ARCANOS MENORES | LAS FIGURAS



En las lecturas, las Figuras podrán representar un personaje real o bien una actitud o estado de experiencia respecto al símbolo que les corresponde. También se les puede atribuir una función indicadora del tiempo: la duda del *Paje* nos indica entonces una larga duración de final incierto; la contemplación estática de la *Reina*, un período decididamente estable y bastante largo; el desasimiento del *Rey*, un desenlace o un cambio próximos; y el dinamismo del *Caballero*, una mutación rápida.

El hecho de que haya tres personajes más bien masculinos y uno femenino no debe engañarnos: una mujer puede perfectamente encontrarse reflejada a sí misma o en una situación por un Rey o un Paje; mientras que un hombre puede encontrarse en una situación que corresponda a una Reina.

Con las Figuras, el Tarot nos presenta una jerarquía de cuatro personajes de cada Palo, en la cual podemos discernir una dinámica paralela a la de la numerología.

De esta forma, el *Paje*, corresponde al primer grado de esta tetralogía y se sitúa entre los grados 2 y 3: entre acumulación y estallido, entre duda y acción.

La *Reina* se ubica entre los niveles 4 y 5 y dirige una mirada concentrada a su elemento, permanece ligada a éste, entre la comodidad de la estabilidad y la tentación de un más allá.

El *Rey*, entre el 6 y el 7, ya se ha desprendido parcialmente de su símbolo, aunque siga disfrutándolo. Tiene consciencia de un mundo exterior en el cual va a desarrollarse su acción. Él es quien envía al Caballero (como hace el Rey Arturo con Lancelot).

El *Caballero*, se ubica entonces entre el 8 y el 9 porque ha domado su animalidad: cabalga en su montura y representa la perfección de su color cuyo mensaje va a llevar al mundo.

Pero el Caballero no es la perfección, sino que la *representa*. Es impersonal, avanza y actúa en nombre del Rey. Por esta razón se coloca a los personajes en el siguiente orden: *Paje, Reina, Rey, Caballero*.

El lugar de las Figuras

El *Caballero* desapareció en las barajas inglesas y sólo subsistió en la baraja del Tarot, en la que se le atribuye un valor inferior al de la Reina, según una lógica que, basada en la jerarquía nobiliaria, convertiría al Caballero en una especie de vasallo de la pareja real. Sin embargo, si observamos el Tarot de Marsella restaurado, el orden de las figuras se impone de un modo distinto.

Las figuras simbolizan una dinámica de conocimiento y de superación de su Palo en el cual, mediante indicios visibles, se puede establecer su orden como sigue: *Paje, Reina, Rey, Caballero*.

Como la actitud de los *Pajes* expresa una duda, una incertidumbre entre la acción y la inacción, podríamos situarlos entre los números 1, 2 y 3. De esta forma, el Paje de Oros simbolizará el deseo de vivir, el de Bastos el deseo de crear, el de Copas el deseo de amar, y el de Espadas el deseo de ser.

Las *Reinas*, en plena unión con su Palo, se encuentran entre la estabilidad y la tentación de un nuevo ideal, entre el 4 y el 5. La Reina de Oros simbolizará la dinámica de la economía y de la inversión, la Reina de Bastos la dinámica entre seguridad y novedad sexual y creativa, la Reina de Copas se situará entre un afecto estable y la tentación de un amor más alto, y la Reina de Espadas entre el racionalismo y la apertura a un pensamiento metafísico.

Los *Reyes*, que ya dominan su elemento, se abren a una acción más amplia en el mundo. Están entre el placer del 6 y la acción irresistible del 7. El Rey de Oros, comerciante acaudalado, emprende quizá la creación de una gran empresa; el Rey de Bastos, potente creador, extiende su obra a la totalidad del mundo; el Rey de Copas puede sentirse atraído hacia la santidad; mientras que el Rey de Espadas puede promulgar decretos capaces de cambiar el mundo,

Por último, los *Caballeros* se sitúan entre el 8 y el 9 y emprenden la ruta hacia una nueva dimensión. Su acción anuncia la mutación del 10 de un ciclo hacia otro. Profetas o emisarios de su Palo, se dirigen hacia el Palo siguiente para reiniciar el ciclo.

LOS PAJES

Situados entre los grados 2 y 3, es decir, entre el potencial acumulado y la acción, el Paje duda. La energía es joven, aún inexperta. Requiere ser trabajada, conocida, explotada, organizada. Vacila: ¿empleará o no sus posibilidades?

Es la postura de un ejecutor obediente, que no acostumbra tomar iniciativas. Puede quedarse en la seguridad del 2 o lanzarse hacia el 3 sin saber lo que resultará de su acción. El peligro del Paje puede venir de un exceso de duda o de imprudencia.

Y si ellos hablaran...

Paje de Espadas.

«La delicadeza y la elegancia son mis características esenciales... pueden convertirse rápidamente en hipocresía. A diferencia de los Pajes de Bastos y de Oros, no

soy primitivo. Conozco la nobleza, las estrategias diplomáticas y políticas, los meandros de un intelecto que se vive como su propia finalidad. En una mano llevo la vaina de mi espada, que simboliza el Verbo y el intelecto. He acumulado numerosos conocimientos, me he preparado, pero aún no conozco la utilidad práctica de mi erudición.

Tengo la vaina preparada para guardar mi arma, estoy dispuesto a no actuar. Al mismo tiempo, me interrogo: la punta de mi espada se dirige hacia mi sombrero. Dudo. Mis pies están abiertos en direcciones opuestas. Mis pensamientos siguen siendo contradictorios. Vacilo ante la dualidad de los conceptos. No sé decidir, asestar el golpe que separa lo subjetivo de lo objetivo. No soy cómplice de nada: todavía no soy apto para tomar partido para comprometerme.»

Paje de Copas.

«¡Ah...! ¡Cuántos misterios y ambigüedades tiene el corazón...! No sé qué edad tengo, soy un joven ingenuo o un viejo romántico, o, por qué no, una joven o una vieja. Avanzo hacia la izquierda del lector, del lado de su corazón, pero puedo tropezar. Mis pasos son cortos y tímidos. Cubro con un velo mi copa abierta, por temor a verme herido en mi sensibilidad. Por eso, en la otra mano, conservo la tapa que me permitiría cerrar y enquistar este corazón demasiado inseguro. Siempre idealista, con una corona de flores ciñendo mi frente, estoy no obstante dispuesto a entregarme, incluso a convertirme en mártir. Entre el temor de verme herido y el deseo de darme entero, dudo. Soy capaz de sacrificarme, pero también de huir.

Estoy dispuesto a idealizar al otro, pero también a alimentar el rencor hacia él. Puedo danzar en una primavera sin fin, o hacerme un ovillo en un eterno invierno. Hay en mí tanta alegría como dolor, tanto egoísmo como generosidad.»

Paje de Oros.

«Me identifico con la tierra, con el planeta entero. Parto hacia incontables caminos. Voy tanto hacia la acción como hacia la recepción. Como todo terreno sagrado, contengo un tesoro que podría impedirme avanzar mientras lo mantenga secreto,

enterrado e inutilizado. Ése es el peso de todo el pasado, de todas las tradiciones, puede convertirse en un grillete en el tobillo del prisionero que soy.

Pero, al mismo tiempo, elevo a las alturas lo mejor de mí mismo, que no es sino lo mejor de la materia: este oro que es la esencia del ser. Las riquezas que guardo se acumulan, inutilizadas, sin producir fruto alguno. Las riquezas que elevo hacia la Consciencia prometen la transformación de la materia en espíritu. Puede decirse que en mí empieza la obra alquímica con sus dos procesos simultáneos: materialización del espíritu, espiritualización de la materia. Estoy en el alba del acto, mas no en el acto en sí.»

Paje de Bastos.

«Soy fuerte, soy sencillo. Me dirijo resueltamente en un sentido. Mi energía natural, animal, se acumula en el voluminoso verde que me simboliza. El aspecto de mi naturaleza que participa del 2 acumula, y con la otra parte de mi ser, el 3, estoy dispuesto a actuar sin objetivo: la acción por la acción, como un potente estallido.

Mis manos se cruzan con dos intenciones distintas. O bien sigo acumulando mi energía, en cuya caso apoyare mi maza en el suelo, o bien la levantaré para asestar un formidable golpe en lo desconocido. Eso es, para mí, la creación: un golpe formidable en lo desconocido. Un golpe que cambiará el curso de mi existencia, después del cual ya nunca seré el mismo. Por eso dudo. Sin embargo, estoy orientado hacia la derecha del lector. Prometo, pues, ir hacia adelante. Se anuncia el acto creativo, se prepara la inseminación, amenaza la guerra. Pues mi acción puede también inspirarse del 3 en su forma XIII, el Arcano sin nombre, y ser destructiva. Soy entonces una bomba a punto de estallar.»

LAS REINAS

La energía de la Reina se sitúa entre el 4 y el 5, entre la seguridad y la llamada de un ideal. Reposa en lo adquirido sabiendo al mismo tiempo que existe un nuevo punto de vista. Posee y gestiona lo que el Paje sólo empezaba a conocer.

Es un personaje pragmático y activo, conoce bien su Palo y lo experimenta sin moderación, está centrada en él. La Reina puede volverse excesiva, acabar sumida en su elemento y convertirlo en una auténtica obsesión.

Y si ellas hablaran...

Reina de Espadas.

«Llevo un escudo sobre mi vientre. En ese escudo hay una cicatriz. ¿He sacrificado acaso mis entrañas? No permito que me invadan las necesidades, los deseos o las emociones. Vivo en mi mente. Presento mi símbolo, la espada, en una vaina roja, en espera de que alguien la desenvaine y aparezca el amarillo resplandeciente de su hoja. Espero al ser que reconozca mi Inteligencia, mi mente. La trascendencia es mi ideal. Fuera de la carne, fuera de la materia, hacia el estado andrógino en que seré capaz de atravesar las trampas del pensamiento para llegar a ese centro impersonal que es la Consciencia cósmica.

¿Podré realizarlo? ¿Llegaré al olvido de mí misma? Soy mi propia enemiga. Mi único conocimiento es el conocimiento de mi impermanencia. Mi única realización sería la realización de la vacuidad.»

Reina de Copas.

«¡Qué dulzura, qué delicadeza, qué vulnerabilidad la de mi corazón amante y constantemente herido! No busco. Soy un castillo que debe ser asediado, conquistado. A diferencia de la Reina de Bastos, que seduce, espero ser seducida. La copa que llevo, símbolo de mi corazón, está cerrada; no vacía, sino llena de pasión.

¡Ay! ¿Quién sino yo misma puede tratarme con toda la delicadeza que requiero? Es imposible. Debo resignarme a entregarme en la herida, en el sacrificio, y, cuando soy amada, ese sacrificio es precisamente mi éxtasis. Cuidado conmigo: llevo una daga blanca de hoja sinuosa, símbolo de mi tímida pureza. Con ella golpearé a quien a mí se acerque

utilizándome para obtener lo que no soy: riqueza, sexualidad, conocimiento intelectual... Todos serán exterminados con asombrosa crueldad.

Sólo me ocupo de los sentimientos, pero dudo realmente en dejarlos florecer. Todos mis temores se acumulan en mi aspecto 4. En mi aspecto 5, mi ideal, espero al alma gemela que será mi complemento. Esta espera es el centro de toda mi existencia.»

Reina de Oros.

«Yo, la Reina de Oros, sitúo mi deseo de superación no en el Más Allá, sino aquí mismo, en el centro de la materia. Tendiendo con todas las fuerzas de mi ser hacia un único punto, me concentro en el círculo de oro que constituye mi símbolo. No hay en mí el menor atisbo de superación de mí misma. Soy todo a cuanto aspiro. Se puede decir de mí que soy avara, obtusa, testaruda, egoísta.

Yo diría más bien que soy inmanente. ¿Quién puede distraerme? ¿Quién puede dominarme? ¿Quién podría desviarme de mis intereses? Defiendo mi territorio con una fuerza inconmensurable. Si hay un pasado, está aquí mismo. Y aquí mismo se encuentra todo mi futuro.

Patria, fortuna, posesiones, espíritu práctico; de no ser por mí, ¿quién sería el cimientado de mi reino? Soy la guardiana del tesoro, la perra que defiende con su vida al sol oculto en su corazón.»

Reina de Bastos.

«Estoy inmersa en el río incesante del deseo. Todo en mí es exuberancia. Con avidez de tornado, ofrezco mi ardiente caverna a todas las inseminaciones. Mi vigorosa cabellera es la espuma de un océano reunido en una única ola. La potencia universal que se manifiesta como acción sexual me proporciona la fuerza suprema de la seducción. Estoy dispuesta a poner innumerables huevos, a florecer todos los desiertos, a poblar con mis obras el severo reino de la Reina de Oros. Por eso no dejo de abrirme, de llamar. Sin un aporte generador no existo. Este aspecto incompleto es lo que me da dimensión de gigante.

Bajo mi apariencia de todopoderosa, necesito ser empleada, fecundada, dirigida. En eso consiste la seducción: una carencia transmutada en fuerza por el deseo. Si no reconozco esta carencia, si aspiro a completarme a mí misma, me vuelvo castradora.»

LOS REYES

Los Reyes de Bastos y Espadas son jóvenes, activos. Los Reyes de Copas y de Oros son mayores, receptivos. Situados entre el 6 y el 7, son como un arco tensado entre el placer de reinar en sus dominios y la llamada del mundo. Arquetipos realizados, se encuentran en la vía del desasimiento.

A diferencia de las Reinas, no miran su símbolo, no están obsesionados consigo mismos. Poseen dirigiendo al mismo tiempo su mirada hacia el futuro: es el verdadero dominio. El peligro del Rey es caer o bien en la complacencia y el descuido, o bien en el despotismo.

Y si ellos hablaran...

Rey de Espadas.

«¡Cuánto refinamiento en mi apariencia! Todo lo que, en mi primo el Rey de Bastos, es rígido y acorazado, en mí se vuelve flexible y elegante. No estoy vestido para la guerra, sino para las intrigas de la corte. Mi baza es la inteligencia, el verbo sibilino, los ardides de la estrategia, las seducciones de la ironía. A la voz de las armas prefiero la fuerza de las ideas nuevas. A la franqueza de la maza opongo la flexibilidad cruel de mi espada. No destruyo, atravieso y ensarto. Reino con leyes, reformas, juegos de alianzas. En lugar de eliminar, divido para imponerme mejor. Aclaro los conceptos, establezco su dualidad, defino perfectamente lo que es y lo que no es, lo que debe aceptarse y lo que debe rechazarse. Mi ejército se compone de abogados, escribas juristas.

Tengo a mi alrededor una corte de artistas oficiales y de nobles parásitos. Utilizo la ingenuidad para declararme descendiente de Dios o emisario de la Verdad. Habría podido ser un monarca absoluto en la historia de Francia, o un revolucionario creador de Estado.»

Rey de Copas.

«Estoy vestido de suave seda. Mi sombrero se abre como una copa hacia las extensiones del cosmos. No es una corona de mando, sino un sombrero receptivo. Obedezco a la voluntad universal del amor. La zona del corazón, en mi pecho, es inusitadamente ancha. He comprendido, con la experiencia de la edad, que no hay mayor sabiduría que la bondad. Mi copa abierta está llena de buenos sentimientos, la ofrezco a quienes tienen sed de paz. Todo crece a mi alrededor.

Bajo su aspecto agresivo, veo la verdadera esencia del mundo: sencillo y lleno de ternura. Los asuntos de mi reino son florecientes, pues todo lo que recibo lo doy: nada para mí que no sea para los demás. Con benevolencia expreso mi contento ante la existencia de los seres conscientes. Se puede contar con mi colaboración, con mi ayuda. No mando, estoy al servicio de mis súbditos. No soy el camino, soy el felpudo. Mi palacio está abierto a los cuatro puntos cardinales

Quien a mí se aproxima se cura. Soy el ideal que anima las leyendas como la de san Luis. Habría podido ser Cristo Rey.»

Rey de Oros.

«Vacilo en llamarme rey. Habiendo abandonado mi palacio, me presento en plena naturaleza. He cambiado mi corona por un sombrero que me protege del sol y de la lluvia. Me asemejo más bien a un mercader. No tengo ánimo de conquista ni de intriga, tampoco practico la caridad, reino mediante la no-acción. Lo que persigo es la sabiduría, representada con un oro flotando en el cielo. Mis posesiones terrenas, representadas por el oro que tengo en la mano, las he reducido al mínimo y las dejo en su justo lugar, sin derrochar.

No me comparo con nadie. Vivo de mi trabajo. Estoy en el presente. Acepto los accidentes y los cambios incesantes de la vida material. Me dejo llevar, sabiendo que el universo tiene designios misteriosos y que debo obedecerlos sin ponerlos en tela de juicio aunque no los conozca. El planeta entero es mi reino. No tengo corte ni ejército, mi saber consiste en no saber nada; mi poder, en no poder nada; mi ser, en no ser nada. Podría ser un monje, un buda que medita y que ha aceptado su cuerpo como vehículo temporal. O un gran empresario, con sus testaferros, tranquilo en su paraíso fiscal.»

Rey de Bastos.

«Mi cetro bien labrado asciende desde mis talones hasta mi cabeza: instrumento del poder supremo que manipulo como guerrero. Mi traje real es una armadura que muestra mi fuerza. Conquistó y poseo de manera directa, sencilla. Descuido las estrategias políticas y diplomáticas. Cuando se trata de conquistar, actúo. Domino. Me arrogo el derecho de vida o muerte sobre todos. Cuando se trata de crear, no dudo. No me planteo ningún problema de valor. No cuestiono mi poder. Mis actos y mis obras son lo que me definirá. Puedo construir como puedo destruir. En mi reino no hay discusión: es mi voluntad la que habla.

Vengo del pueblo y él es el que constituye mi fuerza. Si fuera un soberano en la historia del mundo, sería un gran dictador, un gran conquistador, un gran asesino, un terrorista, un jefe de los ejércitos.»

LOS CABALLEROS

En la numerología del Tarot, los Caballeros se sitúan entre el grado 8 y el 9, y llevan la dinámica del 10.

El Palo que representan ha llegado a su perfección. Para crecer más, debe entrar en la crisis renovadora del 9, el desasimiento que le permitirá transformarse en otra cosa. Una vez dominada y aceptada la energía, el Caballero la lleva al mundo como un mensajero o un profeta. El peligro que acecha al Caballero es el de quedarse en la crisis y

no dejarse llevar por la impermanencia universal hasta disolverse en el elemento siguiente.

Y si ellos hablaran...

Caballero de Espadas.

«Mi caballo, tan fuerte como el del Caballero de Bastos, es a la vez más refinado y más ágil. Lo dirijo de un salto desde el reino del intelecto hacia el misterio de lo emocional. El caballo y yo somos uno solo. Si el Caballero de Bastos actúa por la fuerza de la voluntad, mi caballo y yo actuamos por la fuerza del valor. Limpios de conceptos parásitos, hemos eliminado, entre otras cosas, la esperanza y, con ella, el miedo. Debemos transmitir la esencia misma de la mente: sabemos que somos la última manifestación de la acción. En mi yelmo llevo un aura amarilla, símbolo de santidad. Con mi espada roja que semeja una lanza y mi caballo ágil, soy el portador de la vida.

¿Qué atravesaré con mi espada? El corazón de los demás. En Verbo se vuelve amor. He sacrificado mi deseo de ser para entrar en la abnegación sagrada.»

Caballero de Copas.

«Si los Caballeros de Bastos y de Espadas montan sementales, yo, como el Caballero de Oros, monto una dulce yegua. No conduzco mi montura, no lo necesito. Con la mano abierta, sigo mi símbolo, la Copa. No la sujeto con los dedos: ella nos guía a mi caballo y a mí, flotando en el aire. Copa abierta de la que brota una fuente de amor... Ese amor es mi guía, no sé a dónde voy. Lo sigo sin dudar de que me llevará hacia mi realización, que es el estado de gracia. El don fluye naturalmente, no fuerzo mi voluntad para encontrar el camino correcto. No empleo mi valor para saltar más allá de mis límites.

Sólo obedezco, simplemente. Lo que recibo lo doy. Mi único deseo, para realizar este don incesante, es sobrevivir para seguir a su servicio. Entonces es cuando, bendiciendo al mundo, entro en el reino de la encarnación, de los Oros, de la materia y las necesidades.»

Caballero de Oros.

«No sé si soy hombre o mujer. Más bien un hermafrodita que avanza en una tierra en que ningún tesoro está oculto. El doble oro del Paje y del Rey, terrestre y celeste, se ha convertido en uno solo que flota en el espacio. La materia se ha espiritualizado. Se ha vuelto fértil y madre de una vida eterna. Soy como la carne de la Virgen María, que al final de su proceso se torna inmortal y se eleva para reinar en el centro del universo. Ése es mi destino. Mi yegua no tiene la dulzura de la del Caballero de Copas; avanza a pasos medidos pero seguros, precisos. Representa mi salud. No va ni demasiado despacio ni demasiado deprisa, camina al ritmo que corresponde a su presente. Esta paz infinita dimana del hecho de que hemos vencido a la muerte: estoy dispuesto a sufrir los incesantes cambios sabiendo que en mi esencia profunda está lo inmutable.

Eso es lo que dará origen a las nuevas riquezas de la tierra que se concretarán en los Bastos. Ya llevo en mi mano derecha el comienzo de un nuevo ciclo de acción, un basto creativo.»

Caballero de Bastos.

«Cuando era Paje, mi símbolo se apoyaba en la Tierra. Ahora se erige hacia el Cielo, hacia el desarrollo espiritual. No estoy separado de él: tiene su raíz en mi mano, crece de mí mismo. Mi animal mi caballo grande y poderoso, se ha vuelto blanco, del color de la pureza. Simboliza la extrema sublimidad de mis deseos. Yo, el Caballero que encarna su voluntad, lo hago girar de derecha a izquierda de la acción a la receptividad. He sublimado las pasiones.

He aprendido a desviar el camino de las energías destructoras hacia la vida del Espíritu. Mi energía, desprendiéndose de la autosatisfacción, de la tentación del poder totalitario, de la guerra bestial, se ha tornado inmensa. Por un acto de voluntad suprema, mi animalidad, este caballo blanco, se concentra y se convierte en la espada roja del Caballero de Espadas. Represento el momento en que el Eros de la sexualidad se convierte en la fuente enriquecedora del espíritu.»

Fuente: *“La Vía del Tarot”, Alejandro Jodorowsky*